

Cumbre Iberoamericana de Cartagena

La oratoria difunta

CÉSAR HILDEBRANDT

co debe leerse como una amable profecía. Con excepción de Haití, Cuba, México y Perú — que ya es bastante— América Latina vive en plena democracia. Pero la lección de Guapas, como la de Santiago del Estero, la de Sendero Luminoso en Perú y la de la anómica abstención electoral colombiana, nos están advirtiéndole que podemos repetir el ciclo perverso del capitalismo desperdiciado y la democracia acuchillada por la espalda. Ignorantes de la historia, los bárbaros del fmda-mentalismo liberal claman por ajustes sin compasión y mercadología pagana. Cuando los Chiapas que el continente alimenta estallen en cadena, los chicos de Milton Friedman llamarán, como tantas otras veces, a los militares. Cuando el "mercado social" se pone bravo, hay que apelar al repulsivo Estado y obligar a las tropas indias a disparar sobre sus primos. Y, entonces, otra vez a empezar.

El modelo asiático de liberalismo económico es una tentación en América Latina. Pinochet lo creó a lo bestia y Fujimori lo sigue en formato desnatado. Lo cierto es que ni el Chile exportador ni el Perú que derrotó la hiperinflación de Alan García parecen

«La explosión controlada del polvorín chiapaneco debe leerse como una amable profecía. Con excepción de Haití. Cuba, México y Perú —que ya es bastante— América Latina vive en plena democracia.»

preocupados por aliviar el costo social de sus respectivos ajustes. El ingreso per cápita latinoamericano es hoy, en promedio, inferior al de 1980. ¿Qué está pasando? Que la redistribución no funciona, que la evasión fiscal sigue siendo gigantesca, que la huida subrepticia de dividendos se ha reducido en términos insignificantes, que se consume en una franja social exclusiva, que la desindustrialización está produciendo niveles pavorosos de desempleo y que la degradación de las infraestructuras públicas (las primeras víctimas del ajuste del gasto) hace imposible la vida de cada vez más gente. La justa caída del comunismo se sigue interpretando como un semáforo en verde para los "skin heads" del ultraliberalismo. Pero estos "hooligans" salidos de la hinchada de Margaret Thatcher no saben que están creando las condiciones para el retorno de los brujos: generales justicieros, guerrillas endémicas, nueva beatificación del Estado, vuelta a los proteccionismos. Y, concretamente, hechos tan estafalarios, desde un punto de vista eurocentrista, como que el próximo presidente de Brasil pueda ser un sindicalista duro como Lula y que, en Uruguay, los últimos

sondeos den un virtual empate entre el Frente Amplio, los colorados y los blancos. En la Latinoamérica europea —es decir, los países del Este— la izquierda ha regresado democráticamente en algunos países. Pero ninguno de ellos, a pesar de las perversiones sociales producidas por su sometimiento de décadas a la órbita soviética, padece las desigualdades de abismo y locura que sufre América Latina. ¿Por qué extrañarse, entonces, que los excesos del ajuste y el destierro de la palabra justicia de los discursos públicos produzca respuestas en América? El mercado a solas se afinca en el corto plazo, se nutre de desigualdades, se ensaña con los débiles (que, por otra parte, crea y mantiene par abaratar el factor salario) y se purga con crisis sísmicas en las que la cuerda siempre se rompe por el mismo lado. América Latina no debiera repetir viejos errores. El fracaso de la izquierda, el colapso mundial del comunismo, no pueden hacernos perder de vista que la justicia es una tarea pendiente. A ella se llegará, sí, con las normas del mercado y los valores de la democracia, pero aceptando, también, que el mercado sin igualdad de oportunidades es patrimonio de unos pocos y que la democracia sin redistribución se vacía de contenido.

Muchos quieren una América Latina de sálvese quien pueda y rompan filas, de su bastas públicas y absoluta docilidad con los centros mundiales de poder. Algunos pensamos que ni siquiera el crecimiento —que suele ser el parapeto estadístico de muchos gobernantes— será posible si el continente no se une para arrancarle a Estados Unidos, Europa y Japón condiciones distintas en una nueva distribución de papeles. O dejamos de ser los idiotas de la familia dedicados a vender baratos bosques, mares y subsuelos y a comprar caras las computadoras en las que no nos salen las cuentas, o habremos perdido

«Muchos quieren una América Latina de sálvese quien pueda y rompan filas, de subastas públicas y absoluta docilidad con los centros mundiales de poder.»



otra oportunidad. El ciclo histórico nos favorece. Un mundo más integrado y más justamente articulado parece ser el ideal que muchos comparten. De nuestros gobernantes depende que América Latina demande lo que le corresponde en el GATT, en el Sistema de Preferencias Generalizadas de la Unión Europea, en el

Banco Europeo de Inversiones y, sobre todo, frente a organismos como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que funcionan como los "grises" de la dictadura tecnocrática global. En todos esos foros, deberemos demostrar, con las cifras del paro y la tuberculosis en la mano, que lo que ha pasado en Polonia y Hungría a través de las urnas pasará en Latinoamérica entre gritos y balas. En Jacarezinho, una de las 400 "favelas" de Río de Janeiro, hay una estatua reciente que recuerda a un nativo benefactor: se llamaba "Medio Kilo", estaba condenado a 360 años de cárcel por traficar con cocaína y asesinar a mansalva y resultó muerto durante un intento de fuga con helicóptero. Tres mil lugareños convirtieron su entierro en lamento popular. "Medio Kilo", uno de los notables del "Comando Vermelho" —el cártel de distribución de droga en Río—, ayudaba a los pobres, financiaba escuelas y becas, repartía zapatos y comida. Hacía lo que el Estado dejó de hacer y lo que el mercado no querrá hacer nunca: aliviar la penuria de los desdichados, desa-catar a Darwin y a la Bolsa. Mientras en Europa no se entienda esto, el diálogo con América, prescindiendo del protocolo de las Cumbres y la honesta vocación iberoamericana del jefe de Estado español, será de sordos y de lejos.

César Hildebrandt es periodista peruano.